



SUMARIO. Apólogo, por «X.»—SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: Los dos criterios, por «R. Segade Campoamor».—Honor a la patria! (poesía) por «Manuel Meseguer Gónell».—Español hasta los huesos, por «Nicolás Díaz de Benjumea».—¡Llora! (poesía) por «M. Gimeno Laplace».—Los dos pesares, (poesía) por «Vicente Coronado».—Castillos en el aire, por «Juan Vallejo».—Cubiertas y anuncios.

## APÓLOGO

LA ignorancia engendra siempre la presunción y el orgullo; despreciamos con frecuencia a los otros, porque tenemos formada de nosotros mismos y de nuestro mérito una extraña idea de excelencia y superioridad: no solo los juzgamos de ligero sin apenas conocerlos, sino que somos injustos considerando solo bueno en ellos, lo que se conforma con nuestro gusto ó manera de pensar.

—Como no amamos siempre lo bueno y útil, sino lo que nos agrada, de aquí dimana nuestro error; y no hemos de atenernos al dictámen de nuestros amigos para apreciarlos en nuestro justo valor, porque la buena educacion y la amistad les obliga á ocultarnos la verdad; ó bien la semejanza y conformidad de sus defectos con nuestros gustos los ciega y les excita á adularnos. Por el contrario, de los lábios de un enemigo lastimado por nuestro orgullo, salen algunas veces palabras luminosas de verdad, que nos enseñan y pueden servirnos de

mucho aprovechamiento, como veremos en el siguiente apólogo:

A orillas de un rio y en medio de un hermoso jardín lucian sus brillantes pétalos la Rosa y el Jazmin; enamorados de su propia belleza que se reflejaba en el agua cristalina, mirábanse con complacencia y razonaron así sobre su mérito: «No hay duda, decía la Rosa, que somos favoritas de Zéfiro que nos elige siempre para adornar las sienas de su Esposa; y en verdad que no hallo en todo el jardín otra flor que nos aventaje, pues reunimos la belleza y el buen olor, lisonjeando á la vez la vista y el olfato.

¡Cuántas veces la hermosa jóven no ha envidiado mis colores, cuando al mirarse en el seductor espejo, ó en el cristal de las fuentes, me acerca á sus mejillas para compararse á mí! pero en vano, porque el triunfo siempre es mio. Elijenos con preferencia á otras flores para adornar su seno ó sus cabellos, y somos muchas veces en sus bellas manos, confidentes é intérpretes de los secretos más dulces de su corazón. Ved, pues, cómo en todo el reino vegetal, entre las flores de parterre, plantas de olor y arbustos ó

se enter-  
húmedos  
cederá el  
tos serán  
plantas.  
tierras  
e anual-  
rá más en

para las  
anahoria,  
ará dema-  
contrarlo  
tas anua-  
se colo-  
te.

umenta  
ricultura,  
te exacta  
el precio  
lo.

ADO.

presenta  
s reyes ó  
la en to-  
propósito  
más esta-  
a estaria  
portante y  
Cantalo-  
vidado el  
colocar al  
e marcan  
soberano  
al vez no  
, larga y  
a historia  
hubo en  
aluzié he-  
de la his-  
Meseguer,  
os señores  
olvide el  
talle para  
rabajo en

ENGOT

árboles de talla gigantesca, no hay quien no reconozca nuestro mérito, ni deje de prestarnos el homenaje debido.»

El jazmin, flor blanca y olorosa, que oía absorta de orgullo el discurso linsonjero de su compañera, respondió:

«Mira ahí cerca esa fea y vieja encina; qué hojas tan crispadas; qué arrugada y rústica corteza; ¿por qué habrán puesto á nuestro lado tan asqueroso personaje? Su vista solo, sino me afea, me fastidia y causa tedio: hé aquí por qué la maltrata como merece la callosa mano del labriego. Ciertamente la naturaleza erró al formar plantas tan silvestres, y en lugar de olmos, encinas y pinos, solo debió crear rosas y jazmines.»

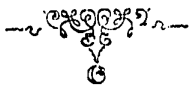
El noble árbol que todo lo había oído, sacudió su copa majestuosa, y respondió: «Callad, plantas orgullosas; ese mérito que ponderáis desaparecerá mañana. He visto á muchas, semejantes á vosotras, nacer y morir pronto en donde estais; solo fuisteis hechas para servir de inútil pompa, y apenas os cojen, ya os olvidan. Sabed, pues, que mi mérito es más verdadero y sólido que el vuestro; mi cuerpo, robusto y nervioso, no cede ante la tempestad, y resguardo de la lluvia, del granizo y sol á hombres y ganados.

Estas ramas tortuosas y fecundas, há más de cien años que proporcionan sano alimento á un animal que vale mucho al hombre, y cuando, aniquiladas ya mis fuerzas, esté próximo á morir, espero aun sobrevivir, porque iré á los últimos confines de la tierra sureando las olas del Océano, y regresaré cargado de mercancías extranjeras; vosotras, pobres, locas, ¿á dónde ireis, en qué vendreis á parar? Hoy aspirarán con placer vuestro grato olor; pero mañana, que estareis marchitas, os arrojarán al suelo y os pisarán.»

No había concluido de hablar el sensato árbol, y ya el sol las doblegó sobre su tallo; pronto, ajadas y secas, perdieron forma y olor, y sus restos se confundieron con la tierra.

Jóvenes hermosas, no olvidéis que la modestia realza y prolonga la influencia que la Providencia os dió sobre los corazones sensibles, para dejar en pos de sí la imperecedera memoria de la virtud.

X.



## Seccion Científico-Literaria

### LOS DOS CRITERIOS

**P**ENSAMIENTOS diversos, ideas contradictorias, nos ponen en lucha continua con nosotros mismos.

Impresiones de momento, sucesos de la hora, desvíannos de los mejores propósitos y nos hacen vacilar en las convicciones que tenemos más profundamente arraigadas en nuestro corazón.

Y esto no acontece á los que por su natural son volubles, sino á los más firmes, y que no varían sino despues de largas y maduras reflexiones

Tal es la condicion humana; y no hay para qué deificarla, ni rebajarla hasta ponerla en parangon con la de los brutos. Pongámonos en el verdadero terreno; y esto se consigue pensando seriamente en lo que somos y cuál es nuestro origen.

Sobreponiéndonos, en lo posible, á las preocupaciones de secta, y á toda afeccion, más ó menos poderosa, veremos nuevos horizontes que se extienden delante de nosotros, como una luz clarísima que nos ilumina y guía por parajes antes desconocidos.

¿De qué manera diferente vemos entonces á Dios, la justicia y la verdad! ¡Trinidad sublime que enlaza nuestro presente y nuestro porvenir!

No cabe duda que estos son los primeros principios que regulan la vida de la humanidad, y hácia donde quieren llegar todos los hombres de bien, aunque por diferentes caminos.

¡Pero cuántos errores se ven en esta bella aspiracion de hallar la realidad de aquellos principios fundamentales!...

Hay ¡cosa, extraña! quienes pretenden poseer la justicia y la verdad, sin conocer ni contar con Dios para nada. Es éste para nosotros difícilísimo problema que no podemos resolver á pesar de las teorías artísticamente combinadas con que exponen su tésis.

Pero lo que más produce confusion es el empeño de los que combaten esta doctrina, queriendo construir (permítasenos la palabra) también, á la manera de los primeros, un Dios artístico, demostrando su existencia por los caminos del arte y del ingenio.

Al Sér que dirige y gobierna el mundo no se le demuestra con la palabra humana, se le admira y presiente en el corazon y en la magnificencia de sus obras.

Y ciertamente, á quien las maravillas de la naturaleza y la arquitectura del mundo no le elevan y conmueven, ménos le convencerán, ni los razonamientos filosóficos, ni las pruebas teológicas.

El amor y la bondad, son los dos ricos manantiales que proveen al hombre de los medios adecuados para conseguir en esta vida el reinado de la *justicia* y de la *verdad*.

Mas como el amor suele á veces convertirse en egoismo, de aquí que no responde á los altísimos fines para que fué dado á nuestro corazon.

Vienen las pasiones, los afectos personales, las ambiciones inmoderadas, y con ellas el orgullo, la vanidad; y entonces, los puros sentimientos del alma quedan como en noche oscura.

La razon no juzga rectamente de los hechos que atacan á nuestro amor propio, á nuestros intereses ó á lo que llamamos nuestras convicciones. Acaso nunca como entonces hablamos y sentimos con más elocuencia, sobre el derecho de que nos creemos asistidos ¡Qué imágenes, qué fluidez de palabras y qué riqueza de expresion!

El hombre sereno é imparcial y razonador que oye cuanto decimos para llevar el convencimiento al ánimo de los demás, sabe distinguir los sùtiles sofismas que envueltos entre verdades nos sugiere la pasion ó el interés.

A cada palabra que decimos, á cada argumento, la lógica inflexible le advierte que lo que con tanto ardor afirmamos no es la verdad «Tú no estás en lo cierto, nos contesta, te engañas á tí mismo, te ciegan el orgullo, los intereses que tienes comprometidos en esta cuestion; la vanidad no te permite confesar tu derrota, las teorías son demasiado seductoras para que así vayas á reñir con lo que te hace feliz ó tan á gusto te lleva por el camino de la gloria y de la prosperidad.»

Hay tanto que decir y contar en esta materia, que fatigaríamos al lector si nos propusiéramos referir aquí todo lo que se nos ocurre sobre este punto.

Baste recordar que muchos de los males que deploramos en el mundo no tienen otro origen mas que el de querer juzgar por este criterio de la justicia y verdad de las cosas.

Criterio falso, como que es hijo de la pa-

sion, de la cual se alimenta para sostener y defender sus doctrinas. ¡Qué diferencia del criterio de la verdad! ¡Del que tiene por base los principios de la revelacion divina!

Si prestamos, entonces, atencion á sus razonamientos, á sus inspiraciones, veremos cuál es la *justicia* y la *verdad* y juzgaremos con acierto sobre los hombres y las doctrinas que más privan en el siglo en que vivimos.

El criterio que halaga las pasiones, que tiene por base la libertad del mal, no puede ser el criterio de la verdad. ¡Qué va á ser, si la verdad nace del sumo bien, fuente inagotable de amor, que no puede contener, ni enseñar el mal, puesto que es su propia contradiccion; sino por el contrario, revelarnos é inspirarnos lo mejor y más adecuado á nuestra perfeccion moral!

R SEGADE CAMPOAMOR.

### ¡HONOR A LA PATRIA!

El corazon entero y generoso  
Al caso adverso inclinará la frente  
Antes que la rodilla al pederoso.  
RIOJA.

«Siglo es el nuestro material y duro,  
la bandera del mundo, el egoismo,  
yace en el polvo del olvido oscuro  
la noble emulacion y el heroismo.»

Cruel así decia  
terrible voz, extraña resonando.  
En noche oscura y fria  
fantasma aterrador iba, vagando,  
los bienes materiales proclamando.  
Atentos escuchad: «No más que el oro,  
el oro corruptor domina al hombre,  
descuida su decoro  
y al oro entrega dignidad y nombre.  
«Si un pecho hidalgo y pío  
increpa el raro afan que así le ciega,  
sus frases escarnece con desvío  
y á orgía inmunda, á bacanal se entrega.»  
¿Será esto una verdad? ¿verdad terrible  
que con indigna saña,  
con perspectiva horrible

la suerte amague de la noble España?  
¿Qué dices, pátria mia?—Hondo gemido  
responde quejumbroso:—¡Ay! Es mi historia  
grande, pues grande he sido;  
más fué mi humillacion harto notoria,  
y hoy lloro triste la perdida gloria.

«Ésas naciones que con tanto orgullo  
de mí separan los altivos ojos,

de grave admiración entre el murmullo,  
un día respetaron mis antojos.

«La estrella mía recorrió brillante  
de polo á polo la anchurosa tierra,  
mi espada fué en la guerra  
en batallar impávida y pujante:  
hoy soy el esqueleto de un gigante.»

¡El esqueleto! ¡No!... ¿Quién, esplendores  
obtuvo más cumplidos ni mejores?  
Son siempre tus soldados acojidos  
con respeto: son héroes vencedores  
y héroes, como en Rocroy, cuando vencidos (1)

Nada degeneró; la bizarría  
conservan de Sagunto y de Numancia,  
y en ellos la hidalgúia  
igualada á su bravura y su constancia.

¿Qué victorias son de alta nombradía  
cual Las Navas, Lepanto y cual Pavía?

¿Si al mundo asombra de la guerra el rayo  
en dónde hubo otro Cid, otro Pelayo?

¡Oh! Vuelve ya de tu marasmo, vuelve,  
España, del desmayo  
que tu grandeza en el olvido envuelve.

Levanta sin rubor la noble frente,  
álzala, pátria mía,

y muéstrale radiosa y diligente  
al que te insulte en la desgracia impía;  
á quien tu mal procure y tu desdoro  
contesta firme, como hiciste al moro.

¿No lo oyes? ¿no lo ves? Ya clamoroso  
tu pueblo se levanta

y enérgico protesta, presuroso  
contra el germano que su fé quebranta.

A las *grandes* naciones, con fiereza,  
tú enseñas la moral y la grandeza.

El géñio del dolor tendió sus alas  
henchidas de amargura y desconsuelo,  
y aunque en riqueza natural igualas  
á la nacion más pingüe, quiso el cielo  
cayeran sobre tí miseria y duelo.

No llores tu poder, tu gloria, España,  
tus hechos sin igual esclarecidos;  
tu historia es una hazaña  
en los modernos tiempos y en los idos,

(1) Se alude aquí al hecho memorable que tuvo  
lugar en dicha batalla (Bélgica) en que después de  
derrotado el ejército español, compuesto en su mayor  
parte de alemanes y gente allegadiza, un solo tercio  
de españoles se mantuvo firme contra todo el ejército  
francés peleando con la misma unidad y sangre fría  
que si comenzara entonces la batalla, mientras el ene-  
migo procuraba aniquilarlo á cañonazos, que abrían  
sangrientas calles en sus filas, pero que no fué posible  
desordenarlas, resueltos, al parecer, sus soldados á  
morir todos luchando. Al fin el príncipe de Condé,  
que no podía completar su victoria, admirando tanto  
heroísmo, les propuso dejarles marchar libres y en  
son de triunfo si querían ceder de su tan porfiada como  
inútil resistencia, y marcharon en efecto. Aquel vale-  
roso tercio fué conocido en lo sucesivo con el sobre-  
nombre de «Tercio de la sangre.»

(1) Se alude aquí al hecho memorable que tuvo  
lugar en dicha batalla (Bélgica) en que después de  
derrotado el ejército español, compuesto en su mayor  
parte de alemanes y gente allegadiza, un solo tercio  
de españoles se mantuvo firme contra todo el ejército  
francés peleando con la misma unidad y sangre fría  
que si comenzara entonces la batalla, mientras el ene-  
migo procuraba aniquilarlo á cañonazos, que abrían  
sangrientas calles en sus filas, pero que no fué posible  
desordenarlas, resueltos, al parecer, sus soldados á  
morir todos luchando. Al fin el príncipe de Condé,  
que no podía completar su victoria, admirando tanto  
heroísmo, les propuso dejarles marchar libres y en  
son de triunfo si querían ceder de su tan porfiada como  
inútil resistencia, y marcharon en efecto. Aquel vale-  
roso tercio fué conocido en lo sucesivo con el sobre-  
nombre de «Tercio de la sangre.»

pues actos te enaltecen y reputan  
que tus contrarios mismos no disputan.

En siglos de terror y de ignorancia  
ilustraron tu nombre ingenios claros,  
como entre las tinieblas, con instancia,  
brillan enormes faros  
prestando claridad á gran distancia.

Cervantes, Calderon y Juan de Mena,  
Velazquez y Murillo, Garcilaso,  
Jovellanos, Quevedo, de alta vena,  
Melendez, Moratin, Lope, y no escaso  
núcleo de adoradores de la ciencia,  
que del mundo alumbró la inteligencia.

Tú diste al viejo mundo un mundo nuevo,  
llevando allá tu nombre y tu dominio,  
y aunque la Europa luego  
en guerra procurara tu esterminio,  
apenas hay nacion que vé sin saña  
negros recuerdos del leon de España.

¡Ah! No desmayes, no, pátria querida;  
tus hijos vencerán el rudo encono  
del tardío alemán, y enaltecida  
al encumbrado trono  
serás que lloras hoy entristecida.

Tu destino es ser grande, sí; tu historia  
ilustre lo reclama  
tu posicion geográfica y notoria  
riqueza de tu suelo lo proclama.

Quiérello el cielo en sus destinos fijos,  
quiérenlo todos tus valientes hijos.

MANUEL MESEGUER GÓNELL.

ESPAÑOL HASTA LOS HUESOS

Con frecuencia vemos en la prensa casos  
de notable abnegacion y honradez, por parte  
de personas cuya pobreza permitiría algu-  
nos puntos más de anchura en la manga de  
su conciencia; lo cual pone de relieve, que  
la humanidad no es tan mala como la juz-  
gan los pesimistas. Que un pobre hombre,  
cargado de familia y á puñadas con el ham-  
bre, devuelva una moneda de oro al rico  
que creyó darle cinco céntimos de limosna,  
es un acto heróico para el cual se necesita  
acaso más suma de valor, que la que tuvo  
Cortés para quemar sus naves. Que otro  
pobre diablo gaste el tiempo en averiguar  
quién es el dueño de un librito de memo-  
rias, no lleno de sonetos ú ovillejos, sino de  
billetes de banco, es accion también mere-  
cedora de figurar en los anales de las haza-  
ñas famosas de los hombres, ya que hay  
quien nos rebaja por el extremo opuesto de

la pequeñez de alma y sórdida avaricia. No há muchos años refrieron los periódicos, que habiéndose roto la capa de hielo de un lago artificial, en que patinaban centenares de personas en cierta capital de Europa, un caballero amparado á un témpano de hielo flotante en el centro del lago, ofrecia á voces mil duros al que le pusiese en salvo en la orilla. Un pobre trabajador que habia asistido á varias personas en peligro, sacando fuerzas de flaqueza, intentó ó logró este nuevo rescate; pero al llegar la víctima á tierra firme, negó en seco lo que habia prometido en mojado: accion innoble que mereció la censura pública, pero que no alivió los dolores reumáticos del atribulado salva-vidas. En otra ocasion se ha referido, con escándalo de los lectores, de cómo un opulento comerciante gratificaba con dos reales á un pobre diablo, que le restituyó una cartera repleta de billetes y otros valores importantes.

Esto nos recuerda un hecho acaecido hace algunos años en Madrid, en que dos personajes, pobre el uno y rico el otro, pudieran cambiar de alma y corazon sin que se conociese tal mudanza en el mundo social. Eran dos Alejandroz disfrazados.

Un jornalero paseaba aburrido una mañana, cerca de la fuente de Cibeles, de Madrid, pensando acaso qué género de muerte escojeria entre el viaducto de la calle de Segovia y el celebrado Canal del Manzanares, y como las penas agobian el espíritu y no hay hombre desesperado que mire al cielo, si no es para alguna imprecacion. acertó á ver un objeto que yacía entre el lodo, en el paseo de los carruajes. Erase la inevitable cartera de las anécdotas llena de billetes de banco; pero con la añadidura de unas tarjetas de visita. El hombre limpió el porta-venturas, examinó el contenido, y como no sabia leer, mostró una de las tarjetas al primer transeunte, y por él supo que rezaban el nombre del Marqués de B... residente en el palacio del mismo nombre. á corta distancia de la fuente en que se hallaban.

Hay quien opina, que muchos que saben el A. B. C. se habrian embolsillado el portador sin el menor remordimiento; pero con esta clase de gentes no es posible el drama ni la poesía en la vida. Nuestro jornalero indocto debia tener en el fondo algo de romanticismo, y sin pensar siquiera en entornarse con una taza de café y una copa de Fin Champagne, se fué paso tras paso, con

el estómago fiambre, á perpetrar un acto honroso.

A pesar de tan buenas intenciones, posible es que no costara á César el pasar el Rubicon lo que costó á nuestro héroe el pasar por las paralelas y trincheras guardadas por la servidumbre de aquel palacio, confirmándose así la máxima de nuestro Martinez de la Rosa, de

«Buen porte y nobles modales  
Abren puertas principales.»

El pelaje del jornalero era para cerrarle no ya las puertas de palacios, sino hasta los postigos del más bajo cuchitril; pero llevaba consigo la gran ganzúa del siglo, y ante «traigo dinero para el señor,» hubieron de amansarse los criados. Dieron parte al Marqués de su embajada, y notando que, en efecto, habia perdido su cartera de bolsillo, dió orden de que llevasen á su despacho al portador.

Hallábase el Marqués, de bata y con un gorro turco en la cabeza, detalles que no son indiferentes como se verá antes de mucho, y pasados los primeros diálogos propios del caso y estando ya la propiedad en manos del dueño, dijo éste:

—Y ¿cómo le trata la suerte, buen hombre?

—Al buen entendedor con estos harapos basta.

—¿Es usted casado?

—Para servir á Dios y á la patria: dos hijos tengo en el ejército, y cuando la quinta de Castelar, temí que caia soldado hasta mi abuela y el de pechos.

—De modo que en las próximas Pascuas no le vendria mal un pavito de añadidura.

—De ménos nos hizo Dios, y con un capon quedaríamos satisfechos.

—Vaya, dijo el Marqués, tomando, sin contarlos, un manojillo de billetes de banco y poniéndolos en la mano del jornalero absorto, á vivir y el cielo le devuelva á sus hijos hechos capitanes generales.

Describir la alegría y el asombro de nuestro hombre es punto ménos que imposible. Baste decir, que despues de haber dado las gracias en ese sublime idioma balbuciente que no conoce reglas de gramática, salió disparado hácia las vidrieras del balcon que habia en el aposento, creyendo que era la puerta de salida. Rompió un cristal con las narices y al notar su error, habria caido de espaldas por miedo á salto tan mortal, si el Marqués no le contuviese diciéndole con sonrisa:

—Por allí se sale más fácilmente. Y conduciéndole á la puerta del despacho, le dejó ir á solas con su regocijo.

Por miedo de perder su caudal, el nuevo propietario le sepultó primeramente en el sombrero. No satisfecho, le sacó de allí y lo abrigó entre la faja, y de ésta lo trasplantó al pecho, y de allí á los zapatos, y luego á las vueltas de la capa, con un vértigo tal de gozo, que encontrándose al fin con las manos sueltas y vacías, las empleó en dar una bofetada al primer prójimo que pasó á su lado. Acertó á ser éste un hombre de malas pulgas, y armado además con un buen garrote, y viéndose maltratado por hombre de tan mala traza, enarboló la rama de encima y aplicó dos semillas de chichones en la espalda y hombros del reciente capitalista, que le hicieron ver á Saturno con todo su aro en la mitad del día.

A esto se presentó una pareja del orden público y el suficiente número de espectadores que surgen hasta de las piedras á la más mínima chirrichofa callejera. El abofeteado lanzaba chispas de cólera: la autoridad quiso establecer su prestigio, y en un santiamén se incautó del agresor y se disponía á llevarlo al Saladero.

Mientras tanto, el Marqués de B... habia concluido sus quehaceres y envuelto en un largo sobretodo, con bufanda y sombrero á la ceja, salía á dar un paseo á pié. A corta distancia de su casa, halló en la acera un bulto que parecia ser de billetes de banco. Los alzó del suelo, vió que montaban en junto á diez mil reales y sospechó si serian los mismos que acababa de dar al portador de su cartera.

La sospecha se tornó en certidumbre al divisar que, áe entre un grupo más adelante, dos municipales sacaban maniatado al referido individuo Adelantóse el Marqués y movido de compasion y asombro, preguntó á los guardias por qué le llevaban de aquel modo. Satisfecha su curiosidad comprendió que quien iba á salirse por el balcon de su casa, estaba en actitud de haber hecho inconscientemente cualquier desaguisado, y juzgándose responsable, llamó á parte á un ministril y le contó lo sucedido y de cómo aquel preso era el hombre más honrado del mundo, incapaz de hacer daño á nadie. En suma, el Marqués lo arregló y apaciguó todo sin que el jornalero se diese cuenta de que el caballero de la bata y el gorro encarnado á quien acababa de dejar fuese el mismo embozado que le servia ahora de

padrino. Despejóse el grupo, y llamándole el Marqués á parte le enseñó el puñado de billetes, preguntándole si eran suyos.

A esta indicacion le faltaron manos al hombre para llevarlas á la cabeza, á los piés, al pecho, y entre el susto y la alegría, respondió: creo que son míos.

—Dé gracias á Dios, de que los recobra, porque hay en Madrid mucha hambre y pocos que tengan la virtud de la restitution.

—Gracias, gracias, murmuró el jornalero, y dividiendo el manojó de billetes en dos mitades, á ojo de buen cubero, asió del faldon del abrigo al Marqués que se alejaba y entregándole una mitad, le dijo:

—Vaya, para un pavito.

Escusado es decir, que no solo no los tomó el Marqués, sino que premió este arranque de grandeza en aquel pobre hombre, dándole un empleo en su casa. Este hecho parece increíble; pero como dicen algunos historiadores: ahí están los interesados, que no me dejarán mentir.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

## ¡LLORA!

Quando una tarde del otoño triste  
Se oculte el blanco sol  
Y la lluvia, cual llanto de los cielos,  
Se dé el último adios;

Quando el cierzo desgarre rama á rama  
Los bosques de verdor,  
Robádoles sus hojas ya marchitas  
En hórrido monton;

Quando ruja del trueno en los espacios  
La penetrante voz  
E incendien las centellas la olvidada  
Cabaña del pastor;

Quando rompa la mar embravecida  
Y en su espumoso hervor  
Se vea una barquilla que se estrella  
Perdida en un peñon,

Recuerda tu pasado con mi nombre,  
Recuérdalo ¡por Dios!  
Y una lágrima vierte... si es que tienes  
Memoria y corazon.

M. Simeno Laplace.

## LOS DOS PESARES

Dijo á encendida rosa bella y pura  
una violeta suspirando triste:  
—¡Ay! ¡quién tuviera la gentil figura  
y pompa y gracias con que tú naciste!

Abres aun no tu cáliz, flor divina,  
al beso que te da céfiro suave,  
y á verte el alma con amor se inclina  
y en canto alegre te saluda el ave.

Y al redor te festejan revolando  
las gayas mariposas, y en concento  
nítidas ondas de murmurio blando  
y abiertas flores que columpia el viento.

Yo á las ninfas de Anauro no envidiara  
belleza celestial, dulce atractivo,  
si el aire régio, como tú, llevara,  
tu suave tez y tu encarnado vivo.

No la estrella de amor hechiza tanto  
cuando en el velo de la tarde asoma,  
como tu faz de seductivo encanto,  
como tu seno de inebriante aroma.

A mí solo una triste vida oscura  
el cielo me destina infortunada.  
¿Qué vale juventud sin hermosura?  
La misma eternidad ¿qué fuera? ¡Nada!

—¿Sabes, dijo la rosa, el bien aciago  
por qué engañada tu ambicion suspira?  
Ve, ilusa, en mí del tiempo el hondo estrago;  
mis perfecciones marchitadas mira.

¡Ay! solo un sueño mi reinado ha sido.  
¡Valiente dicha de fugaz aurora!  
Ven y contempla mi esplendor caído.  
¡Vé si te atreves á envidiarme ahora!

¿De qué me sirve una belleza mustia?  
Ni amor, ni gloria, ni placer ya espero;  
venga la muerte á fenecer mi angustia.  
La eternidad sin juventud no quiero.

VICENTE CORONADO.

## CASTILLOS EN EL AIRE

Vedla, allí está: tranquila, silenciosa, cru-  
zadas las manos sobre el pecho, inclinada

hácia atrás la cabeza, entornados los ojos,  
lánguida y soñolienta la mirada.

A no ser por el suave movimiento que  
imprime su seno á la tela que le cubre, á no  
sentir el soplo de su aliento que escapa de  
la entreabierta boca, como un interminable  
suspiro, tomárasela por una hermosa crea-  
cion artística, por una estatua, bella repre-  
sentacion del reposo.

¿Quién al mirarla así, sospecharia que  
tras esa inaccion aparente se oculta una ac-  
tividad prodigiosa? ¿Qué ese delicado sem-  
blante y un cuerpo débil, y hecho, al pare-  
cer, para vivir constantemente en la molicie,  
son el cuerpo y el semblante de un vigoroso,  
infatigable artista?

Nada más cierto, sin embargo. Ahora  
mismo, en este mismo instante en que pa-  
rece entregada por completo al demonio de  
la pereza, esa mujer construyó á su antojo  
atrevidos monumentos, castillos y alcázares,  
superiores mil veces al de *Medina Zahara*,  
aquel costosísimo regalo del más grande de  
los Califas á la más bella de las esclavas.

Sí, no lo dudeis; la dulce criatura cuyo  
espíritu juzgais dormido y reposando en  
una hermosa cárcel, como la flor en el per-  
fumado broche que la encierra, es acaso el  
más grande y más feliz de los arquitectos.  
El más grande, porque sus vastas construc-  
ciones no caben en la tierra ni necesitan  
buscar en ella apoyo ni cimiento; húyenla,  
por el contrario, las más veces, gravitan so-  
bre el aire y alzan al éter sus torres y sus  
muros. Grande y feliz. por sus invisibles  
obras surgen de la nada, por el solo esfuerzo  
de su voluntad, para volver á ella cuando  
se cansa de contemplarlas como ahora las  
contempla. Como las contemplo yo, que, por  
un misterio inexplicable á mi razon, sién-  
tome unido á esa mujer por estrechísimo  
lazo; confundido con el suyo mi pensamien-  
to, volando con la suya mi fantasía, como  
vuelan apareadas las alondras, mi espíritu,  
en fin, todo entero, identificado con su espí-  
ritu, merced á íntima, incomprensible có-  
munion. Por eso veo con ella alzarse ra-  
diantes de hermosura sus aéreas creaciones;  
penetro en esos maravillosos alcázares que  
dedica al objeto de su amor; recorro esos  
bosques y esos jardines donde en el ambiente  
se respira el placer y los arroyos murmuran  
armonías más puras que los inspirados can-  
tos de Bellini ó de Mozart; donde la camelia  
exhala el embriagador aroma del nardo y  
es el tulipan fragante como la rosa; donde  
el ave del paraiso larga al viento las dulcí-

simas notas del sinzonte y luce el ruiseñor las metálicas tintas del colobrí. Y tan dichosa la miro en esa encantadora mansion, á solas con su amante, y viviendo únicamente para él, sin que el recuerdo de la tierra, ni el grito de las miserias humanas turben un punto su inefable ventura; que tiemblo al pensar que una mano posándose en su hombro, ó una palabra deslizándose en su oído, pueden arrojarla de esos jardines y castillos, única parte tal vez donde la felicidad es completa.

Decid, no obstante, al que con su mano ó su palabra deshace el encanto de la bella soñadora, que ha cometido una falta irreparable, que le ha robado lo que no puede devolverle, la ventura que gozaba, y, seguramente, si no os llama locos, os mirará por lo ménos con desdeñosa lástima.

Pero no os importa. Ese hombre es un hipócrita, y un gemido de angustia responde en el fondo de su alma á la sonrisa de desden que aparece en su lábio.

Ese hombre sério, filósofo, militar ó político, también ha hecho, tal vez hace ahora, castillos en el aire.

Filósofo, ha soñado que sus obras dábanle fama imperecedera; ha visto libros imaginarios, debidos á su pluma, arrebatados por un pueblo ansioso de conocerlos; ha mirado con orgullo á ese pueblo regenerado por la filosofía, y á ésta ensancharse al esfuerzo de su inteligencia poderosa.

Militar, ha contemplado moviéndose á su voz numerosas huestes en campos de batalla que jamás existieron; ha sentido silbar las halas, centellar los sables, chocar los escuadrones, y ha escuchado tras el fragor del combate, las entusiastas aclamaciones del triunfo político; ha visto á las naciones dóciles á sus mandatos, felices y ricas bajo su gobierno, ha pronunciado elocuentísimos discursos, y ha escuchado mil veces el popular aplauso; ha llenado el mundo con su nombre, y en soñadas ciudades ha visto arcos y estatuas levantadas á su gloria.

Todos esos hombres serios han soñado que eran filósofos, guerreros ó políticos, y aunque hoy les consideramos como tales, fueron acaso grandes únicamente cuando su cátedra, su campo de batalla ó su tribuna eran solo castillos en el aire.

Esos hombres no ignoran que, sin ese mundo construido en el aire, imposible ó mezquina sería la existencia aquí abajo. Y, en efecto, si el mendigo que devora con ansia el duro pan, adquirido á fuerza de

lágrimas y súplicas, no viera con los ojos de su alma preparada la mesa del festin allá en el aire; si el esclavo que en pobre choza, y pegada al suelo la ensangrentada espalda, espera que la voz del capataz, ó el látigo tal vez, le llamen á un trabajo sin remuneración y sin término, no tuviera en el aire un palacio, y no viera esas selvas donde es libre, ¿sufrirían un minuto siquiera la insoportable carga de la vida? ¿Qué extraño es, pues, que busque la ventura en el aire quien nunca la halló en la tierra? Preciso es, además, que los grandes sentimientos tengan un asilo impenetrable; de ahí esos aéreos castillos que el amor levanta, y que pueden ser destruidos fácilmente, pero nunca profanados.

Las místicas visiones de los santos dibujábanse en el aire, no en la superficie oscura de la tierra; tomaban su cuerpo en aquellos invisibles castillos, no aquí donde á la luz de una cerilla hubiéranse fácilmente desvanecido.

Todo lo que en la tierra aparece ridículo es quizá sublime en esos espacios imaginarios, por los cuales, al decir de las gentes, vagan juntos los poetas y los locos.

Por eso cuando á mi lado hay alguno á quien veo entregado á la grata ocupación de crear en el aire castillos á su antojo, lejos de interrumpirle mírole con envidia, y me alejo exclamando:

¡Bienaventurados los soñadores, que de ellos es el reino de los aires!

JUAN VALLEJO.

Llamamos la atención de nuestros lectores, en especial de los profesores de enseñanza, hácia las obras del señor Meseguer, que anunciamos en el lugar correspondiente, sobre cuya importancia y utilidad dá ya una idea el simple título de las mismas. En especial los *Cuadros sinópticos de la historia de España*, por su originalidad y utilidad práctica, constituyen una obra de que no debería carecer ninguna biblioteca pública ó particular. A los que deseen adquirirla poco á poco, se la facilitará dividida en 5 cuadernos de á 3 pesetas uno.